

# ESPAÑA Y BELARÚS: DIÁLOGO DE LAS CULTURAS

J. Navarro Navarro (Valencia)

## ESCRITURA Y EVOCACIÓN DEL HORROR EN *EL LABERINTO MÁGICO* DE MAX AUB. LA ADENDA A *CAMPO DE LOS ALMENDROS* (1968)

La presente ponencia se centra en la última (*Campo de los Almendros*, 1968) de las novelas editadas del ciclo *El Laberinto Mágico*, publicadas por el escritor español Max Aub en su exilio mexicano durante la dictadura franquista tras la Guerra Civil Española. En particular en el análisis de la *adenda* que Aub incluyó al final de esa novela, que recrea los últimos episodios de la contienda en el Puerto de Alicante en 1939. La adenda constituye un auténtico fresco de la represión franquista, construida desde parámetros literarios, pero también desde la voluntad de dar cuenta documental de lo ocurrido.

Pocos escritores han vertido en literatura de manera más precisa, intensa y compleja su visión y recuerdo de la Guerra Civil española como Max Aub (1903–1972), escritor español, nacido en París, valenciano de adopción y acogido finalmente en México, donde residió desde 1942 hasta su muerte. Entre la pulsión realista, la recreación, la ficción, la reflexión y la memoria, el ciclo de novelas de los *Campos* o *El Laberinto Mágico* (como es más conocida), fue publicado en su exilio por Aub entre 1943 y 1968. Consta de seis novelas: *Campo cerrado* (aparecida en 1943), *Campo abierto* (1951), *Campo de sangre* (1945), *Campo del Moro* (1963), *Campo francés* (1965) y *Campo de los Almendros* (1968).

El *Laberinto* constituye la producción literaria más importante alrededor de la contienda española. Es un fresco lúcido e intenso de los años de la Segunda República (de los cuales nos habla la primera novela del ciclo: *Campo cerrado*), la contienda (marco cronológico principal del resto de novelas) e incluso la más inmediata posguerra (con el final de *Campo de los Almendros*) y el exilio (con *Campo francés*).

Nos centramos aquí en la última de las novelas publicadas del ciclo, *Campo de los Almendros* (1968), un relato a medio camino entre la ficción y la crónica histórica de aquello acontecido en los momentos finales de la guerra civil española y los primeros de la dictadura franquista. Nos detendremos en particular en la *adenda* que el escritor español incluyó al final de esa novela, la cual se basó también en buena medida en un trabajo de documentación y recopilación por parte de Aub de testimonios de testigos del contexto final de la guerra en que se ambienta la novela. A pesar de su brevedad – unas pocas páginas –, la adenda constituye un auténtico fresco de la represión franquista en España (concretamente en tierras valencianas), construida desde los parámetros literarios y de la novela pero también desde la documentación de aquello realmente ocurrido y con voluntad de dar cuenta de los hechos. El relato también tiene otra característica: la voz protagonista de la narración es la de una mujer.

*Campo de los Almendros* enlaza con los acontecimientos relatados en *Campo del Moro* (primera quincena de marzo de 1939, con el golpe de Casado) y nos cuenta la suerte y destino final de sus personajes (algunos de ficción, otros

históricos, ya conocidos de aquella y otras novelas de *El Laberinto*) a finales de marzo de 1939, con las tropas franquistas a punto de consumar su victoria y una República en plena desintegración.

Son personajes en fuga, en dirección a una hipotética salvación de la represión por parte de los vencedores franquistas, y que confluirán – junto con otros miles de personas – en un punto: el puerto de Alicante a finales de marzo de 1939, en los últimos momentos de la guerra, un dramático epílogo de esta, ya vencida la República. Allí, como es sabido, se producirá la tragedia: sin barcos y posibilidad de escapatoria, serán detenidos y llevados a los centros de detención e internamiento: en primer lugar (los hombres) a un campo improvisado donde se recluirá a los detenidos: el conocido Campo de concentración de los Almendros” en el mismo término municipal de Alicante, cuyo nombre daría título a la novela de Aub.

Todo esto se relata en *Campo de los Almendros*, pero prima también aquí la reflexión. Como último de los *Campos* escritos por Aub y último episodio de la contienda – el símbolo del drama de una República reducida a sus últimos valedores abandonados en los muelles del puerto de Alicante –, se impone también aquí la necesidad de recordar y dejar testimonio de la tragedia. Esto es el que haría el mismo Aub en su exilio con la redacción de las novelas de *El Laberinto Mágico*, que en su caso personal había comenzado ya con otra huida, la que llevó a Francia a centenares de miles de republicanos a raíz de la ocupación definitiva de Cataluña casi dos meses antes, a comienzos de febrero de 1939. Aub, por lo tanto, no vivió directamente los acontecimientos de Alicante. Pero es esa misma tarea la que se impondrá uno de los personajes de su novela, Ferrís, nada más llegar al Puerto de Alicante el 30 de marzo de 1939: “Pero es una tragedia y viviré para escribirla. Lo que debo hacer es tomar notas desde ahora”.

Transido, empapado, Ferrís, busca en su cuaderno, saca y desenrosca su estilográfica, mira a su alrededor. No sabe por dónde empezar. Sin embargo, escribe: “Este es el lugar de la tragedia, frente al mar del que lo esperamos todo” [1, p. 313].

Pero *Campo de los Almendros* no acaba en ese punto y en sus últimas páginas iremos conociendo la suerte de algunos personajes en los primeros días, semanas, incluso meses de la larga posguerra. Y más todavía: el propio Aub, que construyó su novela a partir de un trabajo previo de investigación y documentación de múltiples testigos orales y escritos sobre lo que sucedió en Alicante, hizo lo mismo por lo que se refiere a la represión que se desataría inmediatamente sobre los partidarios – o simplemente los que los vencedores franquistas podían considerar *partidarios* – de la República. Y es en este punto donde tiene sentido la inclusión por parte de Aub de una adenda (no presente en el manuscrito original) en la versión corregida y definitiva de *Campo de los Almendros*, unas pocas páginas al final del libro. Este texto había sido publicado antes como historia aparte, con el nombre de “La Virgen de los Desamparados”, en *Cuadernos Americanos* en 1966 [2, p. 91; 3, p. 241–245]. El título surge de la comparación de una de las historias relatadas a esas páginas (la de una chica de dieciocho años encarcelada por los franquistas en Valencia nada más acabar la guerra y fusilada poco después), con la de la imagen de la patrona de esta ciudad, escondida y protegida durante la contienda, pero restituida y exaltada con todos los honores por los vencedores en 1939.

La voz protagonista del relato es la de una mujer anónima, la cual supuestamente acude a visitar al autor de la novela que acabamos de leer – es decir, en teoría, el propio Aub – para puntualizar como testigo de los hechos algunas de las cosas escritas por aquel y a contar algunas historias de esos momentos que ella conoció de cerca. Se perfila así otro de los juegos literarios a los cuales acostumbraba Aub, con la referencia al propio autor al final del libro. La voz de Aub había aparecido ya antes, como una digresión dentro de la propia novela, intercalada en las nombradas páginas azules. Pero ahora no es la voz de Aub la protagonista, sino que lo son los relatos de la narradora. Aub aparece tan solo como el destinatario del relato de esos testigos, los cuales servirán para completar aquello ya relatado y, en cierto modo, para completar su sentido.

Con la inclusión final por parte de Aub de esta historia y otras que integran la adenda mencionada – todas relacionadas con el fenómeno represivo – en la edición de *Campo de los Almendros*, el escritor cerró así el relato de Alicante, que constituye el núcleo central de la novela, con su corolario inseparable: la represión desencadenada inmediatamente después por los franquistas tras su victoria. Las reclusiones, torturas y fusilamientos de los primeros días y semanas de la posguerra ya habían aparecido en *Campo de los Almendros*, sobre todo en el último tercio de la novela, pero ahora se completan ofreciendo un fresco breve pero intenso y significativo del fenómeno represivo. La novela – crónica que es *Campo de los Almendros* se completa así de esta manera, y la victoria, el desenlace final de la contienda, queda unida a su epílogo: la represión subsiguiente, con la que de una u otra manera (o también con el exilio, como el propio Aub) tendrán que enfrentarse gran parte de los personajes de la novela. La represión presenta unas lógicas – como veremos atendiendo a las historias que se cuentan – que van más allá del castigo o la represalia por un delito, como demuestra su carácter masivo y a menudo arbitrario. Así, la narradora nos cuenta: “Durante meses, en la Cárcel Modelo – supongo que en las demás era igual, tal vez otros días –, los jueves, viernes y sábados de cada semana sacaban tres camiones de presos, los llevaban a Paterna y los fusilaban, lo mismo daba que estuvieran condenados o no.

Y, de eso, de Paterna, le tengo que contar lo del sepulturero. Encontró un negocio muy bueno, de acuerdo con los de la funeraria del pueblo. Ésos se hicieron ricos. El enterrador, que era un jovencito de nada, cortaba un trozo del traje de los fusilados por la noche y a la mañana siguiente se iba a la cola de las mujeres que esperaban frente a la cárcel y buscaba, entre las que llevaban comida o ropa limpia, quien reconociera el terno. Él se contentaba con la propina que le dieran y la comisión de la funeraria. Las pobres iban a recoger el cuerpo y la funeraria se encargaba de lo demás. Por cierto que el capitán de la Guardia Civil de Paterna fue un día al cementerio y vio que, en las tumbas, además del nombre, había muchos azulejos – que fabricaban en Manises – que decían: “Tu familia no te olvida”. Se puso furioso: “¿Ah, conque no olvidan?” – y los rompió todos o los hizo romper a culatazos. En el Cementerio civil de Valencia hicieron lo mismo. Destrozaron cuanta lápida e inscripción había que recordara lo nuestro” [1, p. 566].

En el relato aparecen también citadas personalidades conocidas de la vida política y social valenciana del momento, como el último gobernador civil republicano de Valencia: el dirigente y exdiputado socialista también por Valencia, Manuel Molina Conejero; y el médico, científico y exrector de la Universitat de València, Juan Peset Aleixandre. Los dos, detenidos después de los hechos del Puerto de Alicante, serían fusilados por los franquistas. Asimismo, asistimos a episodios ocurridos en las distintas prisiones y centros de internamiento, en ese momento llenas de detenidos (“Las cárceles estaban no llenas sino a reventar, y no sólo las cárceles, sino conventos y cuarteles que habilitaron para eso”), como Santa María del Puig, donde se encontraban los hermanos de la narradora: “Ahí estuvieron un año. Una vez a la semana íbamos las mujeres, por la mañana, con la ropa y la comida que permitían llevarles. Allí, en la cola, nos hacían esperar todo el día y a veces decían:

– Pues no, hasta mañana.

Y allí nos quedábamos toda la noche.

Si alguno se asomaba a una ventana, los centinelas disparaban y le mataban. Es lo que le pasó al pobrecito encargado de recoger la ropa. Se asomó por una ventana precisamente un día antes de salir libre. Y le mataron.

Hablo de Puig porque me consta. Tenían sed y les daban para beber agua hirviendo, agua donde habían hervido, revueltas, las tripas que mandaban del matadero” [1, p. 568].

Y no solamente en las prisiones, sino también en pueblos como Benaguasil (provincia de Valencia), donde, según la narradora, pasearon a todos los detenidos del pueblo y los fusilaron. Después, “echaron los cadáveres a un lado y obligaron a todos los demás, a los del pueblo, a bailar la jota sobre la sangre todavía derramada”. En definitiva, un auténtico fresco del horror, aunque el relato central del texto es otro: “Lo que usted tendría que escribir es lo que pasó en la Cárcel de Mujeres, porque eso no lo escribirá nadie. A una muchacha, de dieciocho años, es decir que tenía quince al empezar la guerra (¿qué podía saber de la vida o de política?) la mataron porque se había vestido con mono. Las monjas de la cárcel le decían: “No te van a matar”. Cantaba muy bien y la mañana que se la llevaron, para fusilarla, le hicieron cantar el Ave María. ¡Qué Ave María les hubiera cantado yo!” [Ibid].

Frente a ese personaje, otro. El de la virgen patrona de la ciudad, la ya mencionada imagen religiosa de la Virgen de los Desamparados de Valencia: “Al principio de la guerra el alcalde, republicano, claro está, la mandó sacar de su camarín, y la puso en la biblioteca del Ayuntamiento. Le aseguro que no le faltaba nada, absolutamente nada. Intacta. Lo sé porque una amiga mía era la encargada de quitarle el polvo. No le faltó nada hasta el día en que entraron ellos. Luego dijeron que le habían robado la corona y que tenía un rayón en la cara. Y la llamaron ‘La Mutilada’ y la condecoraron. Y se hizo un llamamiento para que todo el mundo entregara joyas o dinero para hacerle una corona nueva, y se la hicieron. A mí me gustaría saber quién tiene la antigua, la de verdad. Le aseguro que no es ninguno de nosotros” [Ibid, p. 569].

En sus últimas palabras, la narradora descubre su identidad, al menos el hilo que le une a la joven adolescente fusilada: “Y lo que le he dicho de esa niña de Alcira, la que cantaba tan bien, la que les cantó el Ave María a las monjas antes de que la fusilaran... Se llamaba Amparo, como la Virgen. Era mi hija” [1, p. 569].

Pero el relato no está exento de juicio. La galería de personajes que pueblan el *Laberinto* siempre opinan, siempre dialogan, siempre reflexionan sobre lo que los rodea. También esta narradora. Impuesto el deber de recordar (“Luego la gente come y se olvida... Yo no, tal vez\*porque aquello me cogió ya vieja”), Aub – que se había distinguido también por mostrar sin tapujos la represión republicana durante la guerra en otras novelas de los *Campos* – pose en boca de esa mujer anónima una reflexión en torno a la diferencia sustancial que separó esas dos manifestaciones de violencia política. Una, en el marco de una guerra; la otra con plena continuidad ya en paz y sin ningún rival que derrotar en los frentes. Todos los muertos son actores en esa tragedia. Sin embargo: “Pasará el tiempo que pasará. Cómo pasará, eso nadie lo sabe; pero lo evidente, lo que nadie podrá ocultar, olvidar ni borrar es que se mató porque sí. Es decir, porque fulano le tenía ganas a mengano, con razón o sin ella. Ése es otro problema. Pero allá, del otro lado, y aquí, cuando entraron, mataron a sabiendas de quien mandaba. Se mataba con y por orden, con listas bien establecidas, medidas. En el último año de la guerra nosotros no fusilamos a nadie. Ellos, después de la guerra siguieron matando como al principio. Ésta es la diferencia, señor” [1, p. 568].

El relato incide así en un punto: la venganza y el castigo no fueron los únicos elementos inspiradores de la represión ejercida en España por parte de los vencedores franquistas de la guerra a partir de 1939. Imperó sobre todo la busca de la aniquilación del enemigo y vencido – ahora ya, no en medio de una guerra, sino en plena paz – independientemente de su responsabilidad, paralelamente a la difusión del miedo como forma de sometimiento y control social. De este modo, la represión fue, no un simple apéndice más o menos trágico e inevitable de los momentos que se vivían, sino uno de los pilares fundamentales sobre el cual se cimentó el nuevo régimen, una de las máximas sobre las cuales se fundaría el nuevo orden franquista.

La maquinaria represiva empezó a funcionar inmediatamente después de la consumación de la victoria franquista. El relato refleja el carácter masivo y a menudo arbitrario de la violencia ejercida por las nuevas autoridades una vez concluida la guerra. Tal como señala Vicent Gabarda, la comparación de las cifras de la violencia política republicana a lo largo de la contienda (4.715 ejecutados) y la franquista finalizada ya la guerra (4.434 fusilados), no puede conducir de ninguna forma a justificar esta por aquella. En primer lugar por las diferencias entre una represión – la republicana – producida en tiempo de guerra y explicada en buena medida por la carencia de un poder estatal coercitivo en medio de un vacío de poder en los primeros momentos del conflicto, y una violencia política – la franquista –, bastante institucionalizada e inserta dentro de la dinámica del mismo régimen. Por otro lado, esta última se extendió mucho más allá de los pretendidamente ‘culpables’. La mayoría de las ejecuciones de posguerra

“no lo fueron por ‘delitos concretos’ sino por puras represalias políticas (...) Si se pretendía castigar a los culpables, numéricamente se consiguió, pero a expensas de muchos inocentes” [4, p. 20].

#### REFERENCIAS

1. *Aub, M.* Campo de los Almendros. València / M. Aub // Colección Biblioteca Max Aub: El laberinto mágico II, vol. III-B. – Valencia : Biblioteca Valenciana, 2002. – P. 313.
2. *Caudet, F.* Introducción biográfica y crítica, a Max Aub, Campo de los Almendros / F. Caudet. – Madrid : Castalia, 2000.
3. *Aub M.* La Virgen de los Desamparados / M. Aub // Cuadernos Americanos. – 1996, julio – agosto. – XXV, 4.
4. *Gabarda, V.* Els afusellaments al País Valencià (1938–1956) / V. Gabarda. – Valencia : Univ. de València, 2007.